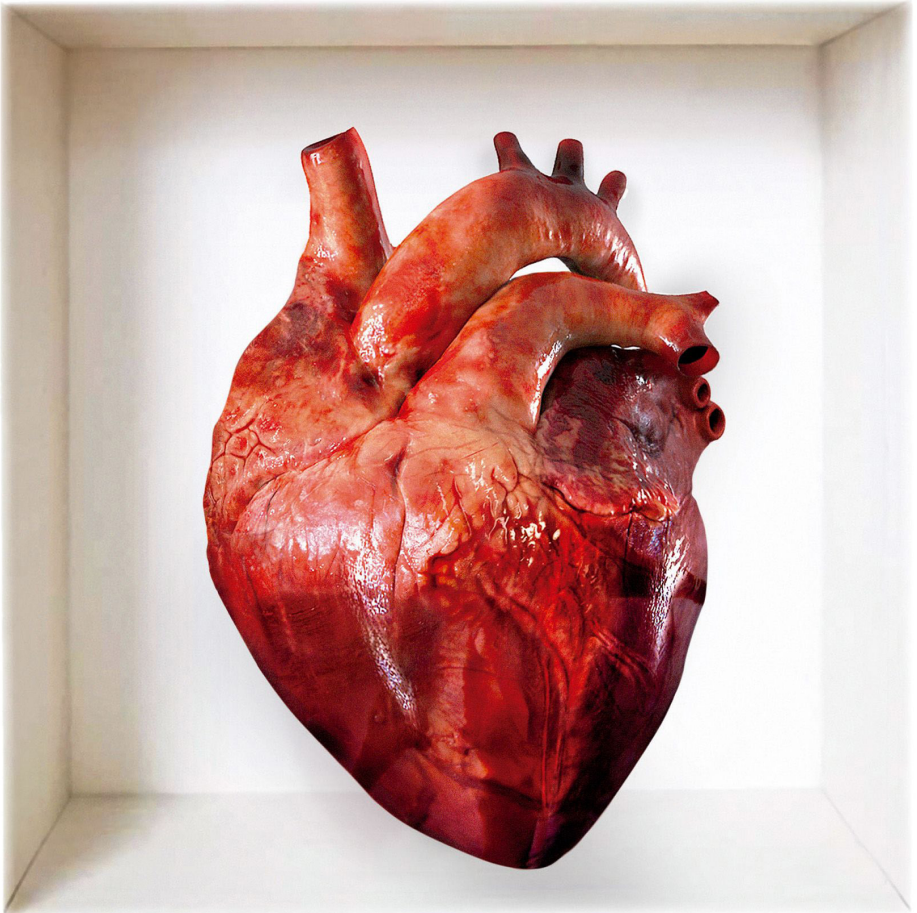


Juan José Becerra

Amor





Seix Barral Biblioteca breve

Juan José Becerra

Amor

Colección Historias Perdidas

UN CASO

El amor fue un afecto humano muy extendido hasta las primeras décadas del siglo XXI.

El proceso de su desaparición fue acompañado de una transformación en el significado de la palabra amor, cuya primera acepción en los paneles de datos dinámicos de la Real Academia Española la describe desde 2034 como un “adjetivo inespecífico”.

Pero ¿qué fenómenos específicos produjo mientras existió? Para intentar responder esta pregunta, hemos rescatado el caso Quiroga-Castillo, al que consideramos el más representativo de los cerca de cien que han sido evaluados para esta colección.

El resultado es una literatura de reunión compuesta con materiales de diversas épocas.

El texto principal es *Otra novela de amor* (Incunables, 2023), de Julián Basualdo.

Es la historia de dos personas que vivieron en la Argentina entre los siglos XX y XXI: Ana Quiroga (Parque Leloir, 1979-Buenos Aires, 2077), llamada en la ficción China del Río; y Antonio Castillo (City Bell, 1975-Jáuregui, 2063), en la ficción Marcial Ledesma.

El libro vendió 140 mil ejemplares en el primer año, cifra a la que contribuyó el accidente que le costó la vida a Basualdo en enero de 2024 a la salida de la “Rotonda Ministro Gallardo”, de Bowen (Mendoza), rebautizada “Rotonda Julián Basualdo”.

En 2031 fue adaptado a una serie de seis capítulos para pantallas de telefonía en “chips” de tres minutos escritos, producidos y dirigidos por el Consorcio de Contenidos Núñez-Puig para Tesla Entertainment.

Hallar un ejemplar de *Otra novela de amor* se volvió prácticamente imposible desde la ejecución del proyecto Paper Zero para la reconversión del papel en madera de carpintería y leña, firmado por los países del G-12 en la Cumbre de Dublín de 2079.

Según los registros del Museum of The Dead Books, de Abu Dabi, la eliminación de libros de papel entre 2080 y 2100 fue de alrededor de ciento doce millones de títulos en todo el mundo.

Otra novela de amor, sin modificaciones respecto de su versión original, es acompañada aquí por una serie de documentos secundarios.

El primero es un conjunto de testimonios sobre Ana Quiroga que la propia Ana Quiroga les solicitó a parientes, amigas/os, conocidas/os y enemigas/os suyos, reunidos y publicados en 2017 en el fanzine *Más abajo*.

El segundo es la evaluación que la crítica Inés Bouchard Caló hizo del *Archivo Quiroga-Castillo*, ganador del 36° Festival de Arte Puro de Berlín 2092, y materia prima en la que Julián Basualdo basó su novela.

Son miles de conversaciones por escrito, fotos, videos y mensajes de voz entre Ana Quiroga y Antonio Castillo, registrados entre 2018 y 2021.

El archivo completo puede consultarse de manera presencial en los domos itinerantes de Almacenes Memorial.

El tercero es la entrevista que Antonio Castillo le concedió al crítico Augusto Rey para la versión digital latinoamericana de *The Paris Review*, publicada en 2056 con motivo del lanzamiento de los poemas reunidos de Castillo, *Los mundos que faltan*.

El cuarto es la transcripción completa de esa entrevista.

El quinto documento es el obituario de Julián Basualdo, publicado sin firma en *La Voz de Bowen* del 12 de enero de 2024.

JUAN JOSÉ BECERRA
Compilador
Junín, marzo de 2123

2017

En 2017, Ana Quiroga propuso a Línea de Corte, entonces bajo su dirección, publicar historias de personas mediante los testimonios espontáneos de otras, incluyendo las detractoras.

A modo de ejemplo, elaboró una lista de conocidas y conocidos, les pidió testimonio, los hizo transcribir y presentó al directorio un modelo de libro, que fue rechazado.

Los testimonios fueron publicados en el N°6 del fanzine *Más abajo* (diciembre de 2017) con el título *¿Quién soy? Veinte versiones de Ana Quiroga*.

Las tiradas de *Más abajo* se caracterizaron por ser de un solo ejemplar por número, adquirido por un comprador de identidad reservada mediante subasta pública, con el compromiso de no divulgar su contenido.

Los números 3, 5, 6 y (el último) 9, propiedad del MALBA, fueron donados en 2042 a la Biblioteca Nacional, que los digitalizó y liberó sus contenidos en 2070.

Estos hechos son mencionados en *Otra novela de amor* por el personaje China del Río, inspirado en Ana Quiroga, y posteriormente investigados para este libro.

¿QUIÉN SOY?

Veinte versiones de Ana Quiroga

Más abajo

Nº6 – Diciembre de 2017

Ana Quiroga dirige Línea de Corte desde 2009. En 2013 ganó el premio a la mejor editora de la Feria Internacional del Libro de Buenos Aires; y en 2015, el de la Federación de Editoriales Independientes.

“¿Quién soy?” es una nueva sección de *Más abajo* dedicada a publicar historias de vida, con ilustraciones de Jorge Van Damme.

Quiroga seleccionó veinte personas para que grabaran comentarios espontáneos sobre ella. Esta es la transcripción de los testimonios, que incluyen uno de la propia Quiroga, y los de Isabel Souto y Federico Fontenla, tomados a través de terceros:

DJ Fast (DJ)

Le di música en la fiesta de 30 y en la de 40. A mí me ha pasado en la profesión hacer fiestas de 30 y 40 a una misma persona, o de 40 y 50, y lo que he visto es que los gustos se repiten. Puede pasar que te pidan agregar los temas de moda, eso es un clásico, pero nada más. Las canciones que les gustan a los clientes son las de la juventud, y van a lo seguro, a lo que les gustó siempre.

Ahora, en cuanto a lo profesional, las fiestas que yo hago se van armando a la medida del cliente, en base a lo que el

cliente va queriendo o a lo que uno va ofreciendo y que puede ir dándole forma a lo que el cliente pensó. Porque... Acá hay un tema. La fiesta empieza antes, a veces un mes antes. Me pasa con los 15. Hay que ir un mes antes a la casa de la cumpleañera, ahí las amigas la embarran, pintan la calle, se hace el book de fotos, se cuelga el pasacalles... Lo que se usa hoy. Y después viene la fiesta en sí, que tiene varias posibilidades. La música, por supuesto: fundamental. Sin música no hay fiesta. Eso es obvio. Y están los agregados, que suman valor. Yo sé que en Estados Unidos se han hecho encuestas de satisfacción y lo que más se reconoce de las fiestas son los agregados, más que la música.

¿Qué son los agregados? Bueno... Hoy por hoy se está usando mucho el túnel de RGB en la entrada, con luces de colores y animación y, si querés, videos del agasajado. Esa puede ser la entrada al evento. Se ponen cortinas de luces a la entrada, colgantes, y después en el salón se usan pantallas LED, que se abren con unas estructuras hidráulicas y eso puede funcionar como segunda puerta al evento.

Después está la pista, que puede ser de cuadrados de acero o, directamente, cuadrados de acrílico con proyección en RGB, y se puede reproducir en espejo la pista en el techo, también en RGB, y ahí se pueden hacer juegos con letras, números, se pueden poner espejos colgantes y bolas de espejos de varios tamaños para tirarles las luces desde los cabezales móviles y armar un efecto muy bueno; y podés meter show láser y una iluminación perimetral, que yo recomiendo porque eso arma como una cápsula de luz, con paredes de luz, y se ve espectacular, realmente.

Y después, obvio, la barra de tragos con estantes de colores LED, los barmans dancers, la máquina de humo y, ya si

querés todo-todo, los robots LEDs y la cabina de fotos. Bueno, todo eso se lo puse a la fiesta de 40 de Ana. La de los 30 fue más sencilla, yo no tenía tanta logística como ahora y ella tenía la casa en refacción... Le llevé tres pares de bandejas porque me acuerdo que se bailaba en tres habitaciones, o sea que había tres pistas. Estaba lleno de escombros, bolsas de cemento, había carretillas... La gente que no estaba al tanto del tema pensaba que era una decoración.

Bueno, y en esa fiesta ella me pidió mucha música de los '80, '90... Funk, disco... Chic, Donna Summer, Michael Jackson, Police, qué sé yo; y lentos: un Air Supply, un Chicago, Bonnie Tayler, Toto, esas baladas con máquinas que la rompen toda. La verdad es que pasa el tiempo y son inoxidables. Vos pinchás “Bette Davis eyes”, y a la gente la metés en otra dimensión. Caen todos. Los de veinte y los de setenta. A todos los ves moviendo la cabecita: “She’ll let you take her home...”, ¡chacha, uh, cha!, “it whets her appetite”, ¡chacha, uh, cha! Es excelente...

Entonces, en la de 30, Ana se la pasó bailando con el marido. Y en la de 40, nada que ver. La casa era otra, ya estaba terminada, había un living enorme con una biblioteca que ocupaba toda la pared y unas puertas ventanas que daban a dos jardines, uno adelante y el otro al costado, con unos plátanos gigantes a los que les tiré unas luces desde abajo, y ahí armamos todo el circo y quedó espectacular.

Habíamos arreglado que yo pasaba la misma música que le había pasado en la fiesta de los 30, un poco más actualizada, con algo de cuarteto cordobés y la entrada con “Viva la vida”, de Coldplay, que no falla. Yo siempre espero que empien los coros: “Oh-oh-oh-oh, oh-oh-oh-oh...”, que es exactamente a los tres minutos, y ahí tiro unos morteros lan-

za papeles y mando luz blanca a fondo sobre el glacé y se vuelven locos...

Bueno... Y como a las tres de la mañana, con todo el mundo borracho, Ana me pasa un pen drive y me dice: "Fastito, vamos con esto", y yo lo pongo de una sin saber qué era, y eran todas canciones del Festival de Viña del Mar, y del Festival de San Remo, todas de amor, de varias épocas, algunas viejísimas. Y ella se transformó, las cantaba a los gritos, abrazada a las amigas, y el final terminó siendo una fiesta de mujeres.

Sara Quiroga (hermana mayor)

Yo fui la que le puso Ana porque mamá me vio muy celosa y, para que me calmara, me dijo: "Ponele el nombre". Y elegí Ana por una muñeca negra de plástico toda rota que yo tenía y que se llamaba Ana. Y qué sé yo... Nació rara. Tenía la piel oscura. Parecía una china, era enorme. Pesó casi cinco kilos, cuatro ochocientos, por ahí... Todavía bromeamos con que era una melliza que se había comido a la hermana.

De chiquita era silenciosa. Tengo el recuerdo de que a los cuatro o cinco años casi no hablaba. Sabía hablar muy bien, pero no hablaba. Se quedaba jugando sola durante horas. Hay una anécdota... Mamá la dejaba y se iba a hacer las compras. No era que la descuidara, al contrario. Confiaba en ella porque era una niña adulta. Más adulta que yo, que le llevo ocho años. Con mi hermano siempre le decimos que no hacía nada de lo que hacían los niños de su edad. No metía los dedos en el enchufe, no se llevaba cosas peligrosas a la boca, no tenía caprichos, no lloraba... Era como una señora chiquita.

Entonces, mamá la dejaba sola y se iba a hacer las compras, y ella se quedaba jugando. En ese momento nosotros vivíamos en un tercer piso, en Villa Pueyrredón. Mamá bajaba corriendo porque se había olvidado algo para cocinar, una lata de tomates, un ajo, y volvía corriendo. Tardaba minutos. Pero como vio que Ana no le hacía ningún problema, directamente empezó a ir al supermercado a hacer las compras grandes.

Ahora que lo cuento, la verdad es que era un peligro porque el departamento tenía un balcón enorme con una puerta-ventana sin llave, en fin... Mamá empezó a tardar cada vez más, y cuando llegaba Ana estaba prácticamente en el mismo lugar, haciendo lo mismo que estaba haciendo cuando se fue. Pero mamá se fue confiando, demasiado para mi gusto. Y un día hubo una demora en la caja del supermercado, algo pasó, no sé qué, supongo que lo que pasa siempre: se traba la cola porque no anda el posnet, falta un precio o no sé qué, y no avanzás.

Mamá después contó que ella pensó que si tardaba un poco más no iba a pasar nada, y se quedó en la cola. Pero, lo que nunca, Ana bajó a la calle y se le apareció en el supermercado. Cruzó la Avenida San Martín, sola, con cinco años, creo que ni cinco tenía. Por ahí pasaban micros, camiones... Cómo fue que nadie la vio cruzar la calle, cómo no la pasó por encima un micro es un misterio, lo cierto es que mamá ya estaba pagando en la caja y la vio venir y no lo podía creer. Dijo que era como ver un angelito. ¡¿Un angelito?! ¡Un demonio! Tenía un juguete en la mano. Como en las películas de terror en las que aparecen chicos con poderes. Después nosotros contamos esa anécdota en los cumpleaños y en las navidades como una gracia, pero fue muy impresio-

nante. Nos dio miedo cuando pasó. Ana dice que le mentimos, que no puede ser que haya pasado eso, y que si no ve una foto de ella cruzando la avenida no lo cree.

Isabel Souto (ex amiga)

¡Quiroga Ana! ¡¿Vive esa yegua?! Hace poco, para chusmear, la busqué en las redes y no la encontré. No tenía Instagram, no tenía Twitter, no tenía Facebook... La última vez que la vi fue hace unos años por la televisión, como a las tres de la mañana, en un programa de libros, y dije: “Esta es Quiroga”. Jamás me hubiera imaginado que se iba a dedicar a eso. Capaz que lo tenía pensado de chica, pero era tan escondedora... Así que no tengo idea de por dónde anda, ni me interesa en lo más mínimo su vida, pero tampoco voy a andar perdiendo la oportunidad de tirarle un poco de mierda, ¿no? Se lo merece.

Nosotras éramos como hermanas. Ella estaba todo el día en mi casa, o yo en la de ella. Mi mamá y mi papá eran como sus padres y los de ella eran como si fueran los míos. Cuando me enteré que había muerto la madre, tuve el impulso de ir, de acercarme por el cariño que le tuve a todos los Quiroga. Pero, qué sé yo, fueron pasando los días y, ¿la verdad?, mejor que el impulso se haya ido enfriando, porque en el fondo yo no quería verla de nuevo.

Lo cuento... Total... Yo hacía tres años que estaba con Fau, que estábamos, porque yo estaba con él y él estaba conmigo. Tendríamos veinte cuando nos fuimos a Gesell con Fau, Ana y Pablo, el novio de Ana, íntimo de Fau. Ellos también eran como hermanos, y una noche, estábamos en la

casa que habíamos alquilado, y Fau dice que va a comprar cerveza.

Había un Disco a tres cuadras, que cerraba a las diez y serían las nueve. Lo más natural era que Fau fuera conmigo, o con Pablo, o solo, pero no, Ana le dice: “Te acompaño”, y se van. Al principio me pareció, dentro de todo, algo normal. ¿Por qué no iba a ser normal que una amiga tuya acompañe a tu novio, íntimo del novio de ella, a comprar unas cervezas?

Cuestión que pasó una hora y no venían, una hora y media y seguían sin venir. Salimos a buscarlos con Pablo. Vamos al Disco: cerrado, luces apagadas, nadie. Nos empezamos a preocupar. Estábamos alejados del centro y de la comisaría, y en esa época las calles no estaban iluminadas en esa zona.

No sé cómo, fuimos a parar a la playa y ahí estaban los dos, sentados en posición de chinitos, fumando porro, mirándose enamoradísimos. Pablo se puso blanco, y ellos nos vieron y se levantaron y volvieron con nosotros a la casa sin decir una palabra sobre por qué habían tardado tanto. Hablaban de la cerveza porque, claro, ¿qué nos iban a decir? Se les veía la mente sucia en los ojos.

Volvimos a la casa, tiramos unos Patys a la parrilla, y nos tomamos las cervezas que estaban casi a temperatura ambiente y a mí me quedó la espina atragantada toda la comida; y antes de irme a dormir con Fau con una pelota en el estómago, me acerqué a Ana y le pregunté qué había pasado, qué le pasaba, y me dijo: “Nada”. Yo aguanté porque nos quedaban tres días más en la playa que ya habíamos pagado, pero cuando volvimos ya no la quise ver. Ella insistía, me llamaba, iba a casa, pero a mí me pareció que la relación ya estaba muerta.

A los dos meses más o menos me mandó una carta muy linda, con dibujitos, pero yo tenía tanta bronca que la rompí. Ahí me decía que me extrañaba, me pedía perdón, me decía que no sabía qué era lo que le había pasado pero que me quedara tranquila porque no se habían besado. Fau me dijo lo mismo. Yo creo que me mintieron los dos.

Sergio Ramón (proveedor de leña)

Le estamos llevando de marzo a octubre media tonelada por mes promedio, más las bolsas de piñas. Es al revés de la temporada de pileta, que va de octubre a marzo. Son ocho meses. Nadie en esta zona compra leña ocho meses al año. A lo sumo compran cinco, lo lógico, de mayo a septiembre.

Y bueno... Empezamos a llevarle eucaliptus y quebracho, que es la mezcla que yo más trabajo. Un poco de madera blanda y otro de madera dura para ir mechando. Pero pasaba lo siguiente: a ella no la convencía el quebracho, no la convencía y no la convencía, me discutió a muerte que era un árbol malo porque los troncos tardan mucho en llegar al rojo. Yo le decía que el quebracho es como una piedra, y ella quería que ardiera enseguida. Y del eucaliptus, al revés: no le gustaba que se fuera tan rápido. “Se va como el agua”, me decía.

Entonces, no se hable más, perfecto, le empecé a llevar lo que tengo para parrilla, unos tronquitos hermosos, pesados, que pueden ser de tintitaco, que es una leña de arbusto chico, arbolitos de tres metros que se arrastran, con unas espinas enormes... Esos los traigo de San Luis. Son duros, bien grises por fuera. Y si no, está el piquillín, que también tiene

espinas. Todos los arbustos que tienen espinas arden como loco. Estos son unos tronquitos de unos treinta, cuarenta centímetros por diez de diámetro, caros, por lo que pesan. Cada uno debe andar en los dos, tres kilos, y prenden ligerísimo, les sopla un viento terrible adentro del núcleo cuando arde, un silbido, y ella se encaprichó con eso y gasta un platal. Si siguiera con el quebracho mezclado, la casa calentaría lo mismo y estaría gastando 50% menos, pero ya me dijo que no le importa que se le vaya la plata en leña. Lo que quiere es que el fuego sea lindo.

Mercedes Juliá (compañera de la secundaria)

No fuimos amigas en el Alfonsina. No sé por qué no se dio ahí. Tampoco era que nos odiáramos. No nos dábamos bola, nada más. Pero hace unos años nos cruzamos en el patio de comidas del Pasaje Echeverría y nos pusimos a charlar. Tenía la misma cara de nenita de siempre, con unas ojeras que le llegaban al piso. Las ojeras de Ana Quiroga... Pensábamos que se las hacía con maquillaje. ¡Qué taradas, por Dios!

Y nos quedamos charlando ahí, paradas. Primero hubo un silencio porque nunca nos habíamos registrado en el colegio. Ella iba con un carrito doble de bebé con los mellizos recién nacidos. Tenían meses. Uno dormía y el otro lloraba. Y me dijo: “Te juro que ya no sé lo que es dormir”.

Eran dos bellezas, iguales a ella. Yo le dije: “¡Estos nenes no tienen papá!”. El marido estaba al lado, hablando por teléfono. Me saludó con el codo. Medio volado me pareció. Como que a lo único que registraba era a él, y a su teléfono.

Ana me contó que era editora de libros pero que en ese momento estaba de licencia. Y nos hicimos reamigas enseguida, como si fuera un primer día de clases. El Pasaje Echeverría es un poco un patio de colegio, lleno de gritos, chicos que corren...

No sé por qué no nos hicimos amigas en la escuela. Son esas cosas que no se entienden. Ella dice que la culpa fue mía, que yo ni la miraba, y puede ser. Es que a mí no me gustaba que la siguiera el grupito de las cancheras. Me reventaba. Ana era remelodramática, y les hacía unas escenas tremendas a las que no se le mostraban incondicionales, y las muy boludas la seguían como perritos. La imitaban. Ella era medio jefa. Bueno: muy jefa.

Y esos mellizos... Los usa de juguete. El verano pasado nos fuimos con las familias de vacaciones a Mar Azul. Los mellizos viven compitiendo por cualquier cosa. Ahora tienen cuatro años. Se la pasan desafiándose a ver quién tiene más fuerza, quién es más inteligente, quién insulta más, todo así. Y ella los incentiva. Organiza todo. Un día los llevó al bosque, les dijo que subieran a los médanos y los esperó abajo y les gritó: "Preparados, listos... ¡Ya!", y los mellizos bajaron como dos balas, daban unos pasos larguísimos en bajada, con las melenas esas que les recorta ella, pasaban la cabeza a milímetros de los árboles, se chocaban, y ella los filmaba y se mataba de risa. Es como la hermana de sus hijos.

Alicia Lacarbonaro (maestra de tercer y cuarto grado)

Vamos a ver... La tuve en tercero y en cuarto de la Bartolomé Mitre de Villa Pueyrredón. Esto es... 1987 y... 1988. Sin-

ceramente, quiero ser sincera, la verdad, mucho no me acordaba de ella. Tuve que ir a las fotos de los grados, que yo siempre guardo de recuerdo, porque no la tenía muy presente.

Ahora sí, es como si la estuviera viendo. Usaba un rodete alto. Era flaquita, seria, coqueta, muy educada. Calladita pero atenta. No se le escapaba una. Se sentaba contra la pared, del lado de los varones, nunca se cambiaba de lugar.

También fui a los boletines. Tengo fotocopias de boletines de más de mil alumnos de tercero y cuarto de la Mitre. Las notas de Ana Quiroga eran muy buenas. Las de 1988, que tengo acá son, en promedio anual: Matemáticas: 8; Literatura: 10; Geografía: 9; Dibujo: 9; Educación Física: 9; Historia: 8; Inglés: 9. Pienso que en algún momento tuvo que haber sido abanderada, o escolta, pero la verdad es que no me acuerdo. Más que esto no tengo para decir.

Javier Mayol (gerente de finanzas de Línea de Corte)

Editorial. Sala de reuniones. Diez de la mañana, once. Reunión mensual de directorio. Ella empieza a dibujar con unas Poscas de colores en unos blocks hechos con el papel ahuesado de 90 gramos que junta del descarte de imprenta. Y de golpe, cuando uno piensa que está en otra cosa, se mete en las conversaciones con un nivel de información que te mata. Nosotros creemos que tiene dos o tres cabezas.

En la última, cuando terminó, Iván, el diseñador, le dijo: “Entregue su tarea, Quiroga”. Pero ella siguió dibujando y nos dijo: “Me aburren”. Ahora hace casas, bosques... En una época hacía unos autorretratos rarísimos. Tiene uno pegado en la computadora del escritorio, del tamaño de una caja

grande de fósforos parada, que nadie entiende. Cuando se lo decimos, nos dice: “Soy yo por dentro”.

Ramona Sica (empleada doméstica)

Siempre está corriendo. Sube la escalera, baja la escalera. Saca al perro, entra al perro. Va con los melli, viene con los melli... Todo el día colgados de ella. Les hace los deberes, los lleva a la canchita, a la plaza... Vienen los amiguitos que hacen el desastre... Unos maleducados contestadores rubios... Ella... Le hace los cumpleaños a cada uno, un día para cada uno. Tiran la moneda para ver quién lo hace primero, en lugares distintos, con tortas distintas, títeres distintos...

Y bueno, como ser... A la mañana los lleva a la escuela y sube arriba a la computadora y al rato baja, ceba un mate, pica una cebolla con el teléfono con los auriculares, siempre con los auriculares. Ha atendido al sodero hablando por teléfono. Yo se lo digo siempre: “Usté se va enfermar, señora, vos no podés correr así”, y ella se ríe.

Y el señor Mariano... Es buenazo, pero anda pochy muy seguido y da unos portazos feroz, como que tiene algo con las puertas. Le da bronca que ella tenga la razón, porque lo que yo escucho es que él nunca tiene la razón. Para mí, ¿eh? Hablo por mí. Y yo soy de escuchar las dos campanadas. Y él grita y patea las puertas, va y viene por el living, y se tuerce todo como el yacaré, patea los juguetes... Una vez pateó al perro, descalzo, y se le levantó la uña del dedo gordo. ¡El grito de ese hombre, por Dios! ¡El dolor de uña...!

Bueno, y anoche, resulta que estábamos viendo el noticiero con ella, yo ya me estaba yendo con todos los tupper

que me da cuando me voy, y ella ve que murió Juan Gabriel. ¡Para qué! ¡Lo que lloró esta mujer! “Tenía las entradas para ir a verlo. No lo puedo creer”, me dijo. Y se secó las lágrimas y puso las canciones del finado a todo lo que daba, y a otra cosa.

Juan Quiroga (padre)

Voy a contar algo que en la familia siempre me piden que cuente cuando nos juntamos. Es una pavada... Yo estaba dibujando en el tablero, pensando más que dibujando, y cuando eso pasa uno se traba. Piensa mucho y no dibuja nada. Estaba con un retrato de Sandro un poco caricaturesco, bastante caricaturesco, con Sandro cantando con un tapado de piel y botas con taco. Tenía que entregarlo ese día y no había podido hacerlo, y le daba vueltas al dibujo sin conseguir nada. Era para *Monstruos*, la revista de Fabril en la que yo hacía el póster central con famosos dibujados a lápiz.

Ana, muy chiquita, estaba al lado mío, como casi siempre, mirando, sin hablar. Era tardísimo. No sé qué hacía levantada. Y yo no podía terminar el dibujo, estaba cansado, quería irme a dormir, y ella no se movía de mi lado.

En un momento salí a fumar al balcón para despejarme. Habrán sido diez minutos. Cuando entro veo el retrato terminado. Había completado lo que faltaba de la figura de Sandro con unas líneas gruesas, como de arte bruto, y le había pintando el pantalón de azul, creo, o de violeta; y el tapado le quedó rojo, y las botas no sé de qué color las pintó, pero pintó una de un color y otra de otro. Era para matarla.

Ahora... El desastre que me hizo me pareció tan tierno, y ella se lo había tomado tan en serio... Por otro lado, yo no

daba más, estaba totalmente fusilado. Hacerlo de nuevo no iba a poder. Se me cerraban los ojos. Ella me miraba, como diciendo: “qué suerte, pa, que pudimos terminarlo”. Y yo ahí dije: “lo mando así”, y nos fuimos a dormir y a la mañana siguiente lo mandé así como estaba, y así como estaba se publicó y fue un éxito ese retrato. Es el día de hoy que varios amigos me dicen que es mi dibujo más artístico.

Álvaro Muñoz (primer novio)

Yo ya tenía el puesto sobre la Rambla de los Argentinos, frente a la puerta del hotel. Los hermanos me preguntaban sobre lo que yo hacía, que eran piezas de madera torneada, en ese momento salían mucho los mates y los ceniceros de caldén, y yo les contaba cómo los hacía, cómo se usaba el torno, les contaba cómo se hacía la forma del mate perita, del mate huevo, el tallado, el pintado, el barnizado... También hacía unos forrados en cuero, que eran de lujo.

Y ella ahí, nunca hablaba. Escuchaba, nomás. Se hacía la distraída pero yo me daba cuenta que le interesaba lo que yo decía. Varias noches así. Venía con los hermanos y unas gurisas amigas y yo la miraba y me parecía tan linda, medio chinita, seria pero con una risa linda cuando la soltaba, pero, yo qué sé, demasiado gurisa para mí, ¿verdad? Ella tenía 16, le encantaba decir que tenía 16, como diciendo: “Cuidado, bo, que ya no tengo 15”.

Y ahí andaba, revoloteando. Esa es la verdad. Y una noche cayó sola cuando yo estaba guardando las cosas muy tarde en una valija con carro que yo llevaba y traía. No andaba nadie en la calle. Se había levantado el frío del mar. La gente

se volvía a los hoteles. Ella llegó y se quedó ahí, mirando lo que yo hacía, y de a poco se fue acercando, me ayudó a cargar algunas cosas, yo le hablaba y ella se reía y no decía nada, y cuando me fui me acompañó y tampoco dijo nada.

Fuimos por Misiones y después por Solís, todo derecho hasta Playa Hermosa. Yo paraba en una carpa ahí, en el vivero Luz de Sol de la 35. Llegamos como a la una. En el descampado hacía más frío todavía y yo le presté un buzo que le quedaba enorme. Yo no quería invitarla a entrar por lo gurisa que era, pero entró igual. Así nomás: levantó el cierre de la carpa y ¡adentro!, y yo la seguí y prendí una linterna de dos pilas grandes que tenía ahí y la apoyé en un bolso apuntando al techo.

Yo no iba a hacerle nada, pero tenía una barbaridad de miedo de que nos vieran. Ella no tenía miedo, para nada. Estaba cansada, y se acostó ahí y me abrazó y me besó, y yo con toda la cabeza pensando: “Es una gurisa, yo soy un hombre de 27”. Por un lado, yo decía: “Vamos, bo, dale que es ahora”, y por el otro pensaba que no era lo correcto, que lo correcto era cuidarla. Al final le terminé haciendo una cosa oral, nomás, despacito. Esto lo digo porque me parece que no tiene nada de malo. Yo a ella. Ella a mí no me hizo nada porque yo no le pedí nada.

Después lloró. De algo que no sabía qué era, me dijo, pero que le parecía lindo porque era nuevo. Y yo le canté un pedacito de “No woman, no cry” al oído. Le había gustado lo que me hizo hacer, porque fue así, me lo hizo hacer, y yo se lo hice encantado de la vida porque ella era una belleza. Después me dio vergüenza haberlo hecho; a ella, no. Yo pensaba que si me agarraban ahí adentro iba preso. Eran las cuatro, las cinco de la mañana. Los patrulleros de la PNU pasaban seguido por

Luz de Sol, apuntaban a las carpas con los reflectores y se iban despacito. Si nos veían se nos iban a venir al humo.

Yo pensaba: “¿Dónde están los padres de esta gurisa? ¿Cómo puede ser que ande sola a esta hora?”. Ella me dijo que me quedara tranquilo porque le había dicho a la madre que se quedaba a dormir en la casa de una de las amigas con las que andaba en la playa, y yo pensé: “Entre que a los padres no les importe dónde está y que ella mienta, no sé qué es peor, bo”. Tan gurisa y mintiendo tan bien.

La acompañé al Hotel del Este donde paraba la familia, a la vuelta del Anselmo Meirana, caminando los dos otra vez al centro. Entró al hotel a eso de las nueve. A la tarde esperé que fuera a verme al puesto, pero no apareció. Tampoco apareció el día después. Entonces cerré el puesto y salí a buscarla por la rambla.

Iba y venía yo, y en una la veo de la mano con un guacho rubio. Qué mala suerte, bo. Un pinchazo me dio mirar. Ella me vio y vino sola, muy cariñosa, y me dijo que el guacho era el nuevo novio, y yo no sé por qué le anoté en un papel el teléfono de la casa de mi madre en Montevideo. Fue lo único que me salió de adentro para no perderla del todo, para que pudiera volver a escucharla algún día, y ahí nos despedimos, lo más bien, normal.

Carolina Álvarez (compañera de la secundaria)

Con Ana fuimos compañeras en el Alfonsina Storni de primero a quinto. No faltaba nunca. Iba con fiebre la traga. Estudiaba todo, siempre, hasta lo que no había que estudiar. La hija de puta de Flavia Casanova, que era la amiga con la

que las dos estábamos siempre, la más vaga de las tres, le dijo en la fiesta de fin de curso: “Sos boluda, Ana. Me llevé veinte materias y nos recibimos el mismo día. ¿No te da vergüenza?”.

Yo la acompañé a Munro a comprarse ropa para sus 15. Entró a todos los negocios, se probó no sé cuántos pantalones y vestidos y zapatillas y sandalias... Quería probarse bombachas pero ya entonces no se podía. Y cuando se decidía por algo, iba a la caja a pagar y se arrepentía. No le importaba comprar, le gustaba estar ahí, ver, probarse cosas. Vueltera como ella sola. Cuando fuimos a Bariloche por el viaje de fin de curso, hizo lo mismo en el casino. Ponía una ficha en un número y antes de que tiraran la bola, la sacaba y la ponía en otro, o se la metía en el bolsillo. No la aguantábamos. Terminábamos sacándole las fichas y jugándolas nosotras.

Después de Munro volvimos a la casa con un jean y una blusa que le pedí por favor que se comprara porque algo tenía que comprar, y cuando llegamos la estaba esperando la madre en la puerta para decirle que se había muerto el abuelo. Ana le dijo: “¿Cuál?”. Era el abuelo Quiroga, el que más quería, pero ella pensaba en la fiesta de cumpleaños, que iba a ser al día siguiente. La madre le dijo que no se preocupara, que igual algo iban a hacer, y algo hicieron, pero recién un mes más tarde. Ana estaba indignada. Decía que si nadie suspendía un velorio por una fiesta, por qué había que suspender una fiesta por un velorio. Tenía razón.

Ramón Uriarte (profesor de gimnasia artística en el Club Gimnasia y Esgrima de Villa Pueyrredón)

Acá entró cuando estábamos armando la primera etapa de artística, así que debería tener 8, 9. Era de goma, livianita, sólida... De goma. Hacía piruetas peligrosísimas, y todas les salían bien. Con el viejo Marras nos quedamos impactados de que no tuviera miedo. Se la pasaba tirando mortales. El Yurchenko, por ejemplo, le salía solo, no se lo había enseñado nadie, lo debe haber visto por televisión alguna vez y le quedó.

Cuando compramos la viga de equilibrio, se la pasaba ahí. Nosotros la fuimos subiendo con los alumnos más adelantados y ella ni se daba cuenta. Le daba lo mismo que la viga estuviera apoyada en el suelo o a un metro y medio. No sentía la altura.

Cuando entró al potro después de los 10, eso ya en la segunda etapa, era una luz, igual que con las paralelas. Y bueno, un día se cayó. Había venido preocupada de la casa, nosotros la veíamos que no estaba bien pero no le dijimos nada. Calentó un rato en la barra alta, que le encantaba porque a ella lo que le gustaba eran los viajes de aire más que los desmontes; ella quería volar. Calentó ahí un rato, después pasó al potro, venía rebien, sólida... Nos estábamos preparando para los juegos de invierno del CENARD y yo digo que Ana estaba madurando, ya con 12, empezaba a ser todo más serio, más profesional, se alimentaba como una atleta, todo eso; quería ser atleta, o eso nos decía a Marras y a mí.

En el potro hizo unas carreras livianitas para ir subiendo, y cuando tiró el primer flic flac, que siempre le salió impecable, desde el primer día, se le fue la mano de costado y se cayó y se lastimó una muñeca y no vino más. Primera vez

que se cayó feo. Fuimos a buscarla a la casa pero no hubo caso, no quiso volver. Fue dolorosísimo para el club porque era una figura, y podría haber llegado lejos.

Federico Fontenla (escritor)

Yo creo que conmigo se portó mal. Yo me fui de mi editorial de toda la vida porque ella me dijo que en Línea de Corte iban a ir sacando todo mi fondo editorial, y eso no pasó.

Publicaron la mitad de lo que yo tengo. Yo... A mí... No me publicaron *Extasiados*, no me publicaron *El enciclopedista*... Todo lo mío era para el año que viene. Me dijo que yo iba a tener invitaciones a todas las ferias del país, y eso tampoco pasó.

Ahora, ¿yo no voy a las ferias y sí va Soriano, sí va Micheli, sí va Pozzo...? ¿Cómo es? ¿Van los que no iban, los que no estaban en el mapa, y el que iba a ir no va? Es raro eso. Tampoco me gestionó nada para ir afuera. A Guadalajara no fui nunca, no fui a Lima, no fui a Bogotá... A Frankfurt, menos. Al FILBA me invitaron dos veces, las dos como moderador de escritores extranjeros, que es como ir de locutor. No sé. Es raro.

Y a lo que me publicó en Línea de Corte, nadie lo ayudó con una campaña mínima de prensa. No sé, hermana... Alquilé lunetas de micro, meté cartelería en el subte, llevame a la tele, pagate una gigantografía... Hay mil cosas para hacer. Yo sé que fue ella la que no se puso la camiseta de mis libros. Yo le hice un planteo serio y no sé si ese día estaba con algún problema, pero me maltrató. Me dijo: “¿podés bajar un poco de tu egósfera?”. ¡¿Egósfera, yo?! ¿Porque reclamo lo mío? Ahí dije: “Listo”.

Fernanda Salazar (editora amiga)

Un día estábamos en Santiago de Chile, en un congreso, y la última noche nos fuimos a Etheraz, un bar carísimo al que no sé qué le ven, y empezamos a pedir tragos. Ana primero arrancó con los spritz. Se quejaba de que eran puro hielo, se los pasaba como agua, y después empezamos con unos que ni sabíamos qué eran. Ella le preguntaba al barman qué colores tenía: “¿Tenés algo verde?, ¿tenés algo azul?, ¿tenés algo... plateado?”. No, no, no, era una cosa...

Estábamos totalmente borrachas, drogadas, endeudadas, y en un momento me hace una seña con las cejas. Ana tiene un código Morse en las cejas, habla con las cejas, y si tiene las cejas en punta hacia arriba mejor no le hables. Y empezamos a caminar firmes hacia la esquina, y en la esquina empezamos a correr como dos locas...

Manuel Martini (escritor, amigo)

Hace veinte años que vamos a comer con el viejo staff de *Revista de Libros* a El Chianti, de Dorrego y Martínez. Si no son veinte, son dieciocho. Por lo general vamos Ana, Lucía Pradón, Camila Serra, Marcelo Aguado, Sergio Holder y yo, esos somos los seguros, los que no faltamos; y a veces va Lucía Pintado, o Javier Gaute.

Si se alinean los planetas vamos todos. Pero hace años que eso no se da. Cuando éramos más jóvenes, íbamos una vez por semana, o cada dos semanas. Ahora, con suerte, es una vez por mes. Ana administra el grupo de WhatsApp, y

dos o tres días antes nos manda un mensaje: “El que falte, morirá”. Lo dice imitando a los curas en los entierros: “El que muera, vivirá...”.

Y qué sé yo qué más decir... Cenamos, nos reímos y nos vamos. Ella pide milanesas con fideos con manteca, que es su comida preferida, que no está en la carta pero igual se la hacen.

Los temas son siempre los mismos: los chicos, la política, el trabajo, muchos chismes... Y todos esperamos el momento en que ella le hace el bullying de siempre a Marcelo cuando Marcelo habla de sus películas que se estrenan afuera. Le dice: “Ah, no, San Sebastián, Lucarno... Pero qué importante que sos, director...”.

Ricardo Bustelo (amigo, médico)

Me llama una noche y me dice: “Tengo infección urinaria, estoy con amoxicilina. ¿Puedo tomar vino?”. Le digo que no y me dice que estoy equivocado porque con la amoxicilina no hay problema en tomar alcohol, que lo googleó y los comentarios dicen que no pasa nada. Entonces le pregunto para qué me llama si no me va a dar bola, y ella me dice: “Para que me des permiso”.

Le expliqué que lo que hace la amoxicilina es destruir las paredes de las bacterias, su estructura, y que si al suministro del antibiótico lo interrumpe el alcohol, lo que estás atacando vuelve a crecer más fuerte y más rápido que antes.

Esa noche había pasado una amiga sommelier que cada dos o tres semanas le deja unos vinos de 200, 300 dólares recién abiertos. Así que me dijo: “No me importan tus bacte-

rias. Los voy a tomar porque si no se me van a poner feos, y chau”. Es de terror. Me encanta.

Conclusión: tomó vino y, por supuesto, el antibiótico no le hizo más efecto y le volvió la infección cuando se le estaba yendo. Le dije de todo, y ella me contestaba con fotos del termómetro, que le marcaba 39° C, y con links de vinos de Mercado Libre: un Catena Zapata, un Viña Cobos... Todos costaban una fortuna. Y después me mandó la foto de una a caja de Amoxidal.

Silvina Ongaro (vecina)

Ella tiene una mesa en el dormitorio, en la planta alta, y yo la veía trabajar con la computadora y el mate. Yo la podía ver a ella y ella me podía ver a mí, pero no nos saludábamos nunca desde ahí. Un pacto de damas: yo no te veo y vos no me ves.

El día que le rompieron el ventanal vi todo. Con una maza, un padre con el hijo o el sobrino, de 12, 13 años. Ella estaba de vacaciones con la familia en Chapadmalal. Es una loca del mar. Llamé a la policía y después le pedí el teléfono de ella al muchacho de la heladería, Daniel, que tiene los de todo el barrio, y entonces le dejé un mensaje para decirle que le habían entrado pero que estaba todo normal, y que la policía había recuperado lo que se habían llevado, un televisor grande y nada más. Los agarraron acá, cruzando la plaza, unos pobres aficionados...

Ella me llamó enseguida para agradecerme y al rato vino la hermana, hizo poner una placa de aglomerado y al día siguiente vinieron a poner el vidrio y quedó todo como estaba.

Pero era así, una relación de vecinas y nada más. Correcta, cordial. Hasta que me caigo en la puerta de casa y me quiebro la cadera. Culpa del perro: me enredó las piernas con la correa y me caí para atrás, no me maté de casualidad, di la cabeza contra el piso pero se ve que abajo caí torcida y sentí el ruido a madera rota y me quedé tirada, no me podía mover, increíble que no me doliera...

Levanto la vista y la veo a Ana en el dormitorio. Deja el mate y sale corriendo y a los dos segundos cruza la calle y me viene a atender, y no va que se le escapa el perro. Era el día de los perros tarados. Y no lo puede agarrar. El perro se paraba, la miraba, y cuando ella le manoteaba el collar, el perro salía disparado, y así varias veces.

Al final lo agarra, lo entra, cruza de nuevo y llama al 107 y me da la mano y ahí esperamos la ambulancia, que no sé qué pasaba, no venía. A todo esto, mi preocupación era Manuel, que se quedara solo. Sin mí se perdía, yo era la única persona que reconocía, a veces ni a mí me reconocía, y con mi hijo, lamentablemente, no se puede contar, la relación con el padre nunca fue buena, en fin... Muchos problemas...

Llega la ambulancia y le digo a Ana que por favor no lo deje solo a Manuel porque ya había pasado que agarraba la calle y no podía volver, no sabía. Ana entró a casa, habló con él, no sé qué le dijo, y se subió a la ambulancia conmigo y me acompañó al hospital. Me hizo el ingreso, habló con los médicos, me dio la mano para que se la apretara porque después sí me empezó a doler, me empezó a quemar la pierna, y bueno... me hice encima, qué vergüenza, por favor, y ella pidió un pañal, me limpió con unas toallitas y me lo puso. Pasamos del hola y chau a eso...

Laura Cohen (amiga)

Hicimos juntas todo Letras en la UBA, y nos quedaba solo Sociología del Lenguaje. Dijimos de rendirla el mismo día, pero ella empezó a dar vueltas y no se presentó ese día ni nunca más. Debe haber muchos casos de estos, de llegar “hasta ahí”. Pero nunca se arrepintió. Es más, hace bromas con ese sueño que cuenta Kafka en los diarios, en el que una mujer le dice a un hombre que si la quiere que la espere cien días sentado en una silla bajo el balcón y el hombre va diez noches, veinte, cincuenta, noventa y siete, noventa y ocho... Y en la noche noventa y nueve, se levanta y se va. Algo así.

Ana Quiroga (por ella misma)

Salían unos viajes a Doha para la inauguración de la Biblioteca Nacional de Qatar. En el mundito nuestro se sabe todo. Fui a la Embajada, mandé mails, llamé, pregunté, propuse hacer un libro... Se cansaron de verme y terminaron invitándome a mí y a Daniela Craig, mi amiga de Marx y Freud, en representación de las editoriales argentinas independientes, pero ella a último momento no pudo ir y fui sola. De esto hace quince días.

Ya cuando vi el sol desde el avión antes de aterrizar me di cuenta de que me iba a obsesionar mal. Casi me siento encima de una vieja que estaba del lado de la ventanilla para verlo mejor. Yo me decía: “No puede ser, eso no es un sol”.

Sintetizando: el día de la inauguración no entré a la biblioteca. Fui hasta la puerta en un remis y le dije al chofer, un

indio lindo que me puso la embajada, que me llevara a ver el sol a donde a él le pareciera que podía verse bien porque yo no tenía ni idea. Nunca tuve tan poca idea de un lugar antes de viajar. Me parecía una ventaja no saber nada.

Me llevó a la costa, en la que están esos edificios de los nuevos ricos. Yo quería ver el sol que ya estaba con el color que me enloquecía, y me di cuenta de que la locura que tenía era porque era un sol que se podía mirar. Poder mirar el sol a las cuatro de la tarde: ¿dónde se vio eso? Poder aguantarlo con la mirada como si fuera un animal inofensivo, un árbol... Le pregunté al indio si en la India se podía mirar el sol de frente y me dijo que no. Y, claro, ¿cómo se va a poder mirar el sol a esa hora? ¿En qué mundo? Hacía seis meses que vivía en Doha y recién se dio cuenta de que podía mirar el sol sin quedarse ciego porque se lo dije yo.

Así de enferma estuve tres días, y el último fui otra vez a la biblioteca. Mínimo tenía que sacarme una foto y subirla a las cuentas de la editorial para que la vieran en la Embajada. Voy a entrar: teléfono. Típico de mí vida: quiero hacer una cosa y se me cruza otra. Los melli. Yo cuando viajo les dejo un regalo por día escondido en algún lugar de casa, y les voy dando pistas para que los encuentren, y justo me llamaron en ese momento para decirme que habían encontrado los de ese día, unos libros de cuentos que se transformaban en maquetas.

Yo quería entrar temprano para después poder ver el sol por última vez antes de irme. Entré... Me quedé boluda. Muy. El interior era el doble de grande de lo que parecía por fuera, el triple... Pero no era grande porque sí, para alardear petrodólares; la grandeza era como que se abría hacia un pozo de luz. A veces es un sueño la realidad.

Y bueno, me quedé helada, eso pasó, no tenía sentido avanzar, lo mejor que podía hacer era quedarme en ese punto en el que estaba. Todo el edificio era el edificio más ese punto fijo para poder mirarlo. Esa relación.

Lo más loco era que se podían ver todos los libros al mismo tiempo. Los podía ver y no lo podía creer. Todas las bibliotecas estaban puestas de frente al modo de cuadros rectangulares enormes, con unos marcos de los que salía una luz blanca, tipo aura, y a distintas alturas, y a una distancia de cincuenta, sesenta metros del punto donde yo estaba parada.

Sentía cosas raras en el cuerpo, el cuerpo alucinaba, no entendía, hasta que empezó a entender, y yo también... Podía ver todos los libros de la Biblioteca Nacional de Qatar el mismo tiempo. Millones. Sentía que estaban los libros que estaban; y los que no estaban, también. A todos los libros de Qatar, y no sé si no a todos los libros del mundo, podía verlos juntos y tener una idea de qué significa eso. Esa era la realidad y la magia de la Biblioteca Nacional de Qatar.

Y así como yo veía todos los libros, los libros me veían a mí. Eso es lo que te hace sentir ese edificio: que los libros son los espectadores, y el lector que entra a verlos es el espectáculo. Estaba totalmente fascinada pero me faltaba el sol, mi sol, y empecé a buscarlo. Subí hasta los ventanales del último nivel y ahí lo vi por última vez: una belleza total, medio dañino de tan lindo, y me pasó algo rarísimo porque durante esos segundos, hasta que el sol se me escapó por un ángulo del edificio, y yo hubiera dinamitado el techo para seguir viéndolo, sentí que tenía todo, y la verdad era que no tenía todo.

Por ejemplo, mis hijos no estaban conmigo, pero de alguna manera sí estaban conmigo, acababa de escucharlos y tenía sus voces adentro; pero sentí eso, que tenía todo. Es

muy hermosa la sensación de que no te falta nada. Sentía como si me hubieran abierto al medio para ponerme un órgano nuevo, para humanos pero nuevo, como si dijésemos un segundo corazón. Uno para no sufrir.

Mariano Bauman (esposo)

Lo único que puedo decir después de tantos años con ella, es que lo que la hace feliz es lo mismo que la entristece.